

Enemigo de mí mismo

Fernando Torre, msps.

Cuando escuchamos la palabra “enemigo”, pensamos en una persona que nos tiene odio o antipatía, que quiere hacernos un mal o se nos opone.

Tal vez sí haya algunos a quienes podamos considerar como enemigos. Pero, no siempre tenemos que enfrentarlos; con frecuencia es posible alejarnos de ellos o sacarles la vuelta. Los enemigos, aunque amenazadores o molestos, de ordinario son incapaces de impedirnos alcanzar nuestras metas o realizar lo que anhelamos.

«Los pecadores y los malhechores son enemigos de sí mismos», nos ha dicho Dios (Tb 12,10). Muchos dinamismos internos y sentimientos son autodestructivos: indecisión, pereza, inconstancia, susceptibilidad, envidia, rencor, superficialidad, rigidez, dureza de corazón, cerrazón mental... Pero lo que verdaderamente me convierte en *enemigo de mí mismo*, según la Biblia, es el pecado y la maldad. No mi tendencia al pecado ni la tentación de hacer el mal; me convierto en mi enemigo cuando *cometo un pecado o realizo un mal*.

Si llego a ser mi propio enemigo, estoy condenado a vivir en una constante guerra interna, sin posibilidad de alejarme de mí mismo o sacarme la vuelta. Yo sí puedo impedirme alcanzar mis metas o boicotearme en el intento de realizar lo que anhelo.

Por lo tanto, he de esforzarme por vencer, cada día, mi tendencia al pecado y a la maldad. En esa lucha, jamás estoy solo: Jesucristo resucitado ya ha vencido al mal y al pecado; el Espíritu Santo me ilumina y fortalece para que, frente a cada tentación, yo salga victorioso.

Es cierto que puedo ser enemigo de mí mismo, pero también es cierto que, en la medida en que vaya venciendo mi tendencia al pecado, me iré convirtiendo en mi gran colaborador para alcanzar mis metas, me iré convirtiendo en mi mejor amigo, el amigo en cuya compañía me siento a gusto.